

daron por esta causa enemigos, aborrecía de muerte Esaú á Jacob, amenazábale siempre. El mozo santo, aconsejado de la madre, huyó la ocasión, desamparó la casa del padre, caminó para Oriente, vió en el camino el cielo sobre sí abierto, sirvió en casa de su suegro por Lia y por Raquel, y casado tuvo abundancia de hijos y de hacienda; y volviendo con ella á su tierra, luchó con el ángel, fué bendecido de él, y enflaquecido en el muslo, mudó el andar con el nombre, y luégo le vino al encuentro Esaú su hermano ya amigo y pacífico.

Pues conforme á esta imágen, son de un parto las dos partes del alma, y riñen en el vientre, porque de su naturaleza tienen apetitos contrarios, y porque sin duda después nacen de ella dos linajes de gentes enemigas entre sí, las que siguen en el vivir el querer del sentido, y las que miden lo que hacen por razón y justicia. Nace el sentido primero, porque se ve su obra primero: tras él viene luégo el uso de la razón. El sentido es teñido de sangre, y vestido de los frutos de ella, y ama el robo, y sigue siempre sus pasiones fieras por alcanzarlas; mas la razón es amiga de su morada, adonde reposa contemplando la verdad con descanso. Aquí le vienen á las manos la bendición y el mayorazgo. Mas enójanse los sentidos, y descubren sus deseos sangrientos contra el hermano, que guiado de la sabiduría, para vencerlos, los huye y corta las ocasiones del mal. Y enajénase el hombre de los padres y de la casa, y puestos los ojos en el oriente, camina á él la razón, á la cual en este camino se le aparece Dios y le asegura su amparo, y con esto le mueve y guía á servir muchos años y con mucho fruto por Raquel y por Lia; hasta que finalmente, acercándose ya á su verdadera tierra, viene á abrazarse con Dios, y como á luchar con el ángel, pidiéndole que le santifique y bendiga, y ponga en paz sus sentidos, y sale con su porfía á la fin. Y con la bendición muere el muslo (porque en el morir del sentido vicioso consiste el quedar enteramente bendito) y cojea luégo el hombre, y es Israel. Israel, porque se ve en él y se descubre la eficacia de la vida divina, que ya posee: cojo, porque anda en las cosas del mundo con solo el pié de la necesidad, sin que le lleve el deleite. Y así en llegando á este punto el sentido sirve á la razón, y se pacifica con ella, y la ama, y gozan ambas, cada una según su

manera, de riquezas y bienes: y son buenos hermanos Esaú y Jacob, y vive, como en hermanos conformes, el Espíritu de Cristo, que se derrama por ellos. Que es lo que se dice en el Salmo (Ps. cxxxii entero): *Cuán bueno es, y cuán lleno de alegría el morar en uno de los hermanos? Como el unguento bueno sobre la cabeza, que desciende á la barba, á la barba del sacerdote, y desciende al gorjal de su vestidura. Como rocío en Hermón, que desciende sobre los montes de Sión. Porque allí estatuyó el Señor la bendición, las vidas por los siglos.* Porque todo el descanso, y toda la dulzura, y toda la utilidad de esta vida entonces es, cuando aquestas dos partes nuestras, que decimos hermanas, viven también como hermanas en paz y concordia.

Y dice que es suave y provechosa esta paz, como lo es el unguento oloroso derramado, y el rocío que desciende sobre los montes de Hermón y de Sión. Porque en el hecho de verdad el HIJO de Dios, que nace y que vive en estas dos partes, y que es unción y rocío, como ya muchas veces decimos, derramándose en la primera de ellas, y de allí descendiendo á la otra, y bañándola, hace en ellas esta paz provechosa y gustosa. De las cuales partes la una es bien como la cabeza, y la otra como la barba áspera, y como la boca, ó la márgen de la vestidura: y la una es verdaderamente Sión, adonde Dios se contempla, y la otra Hermón, que es asolamiento, porque consiste su salud en que se asuele en ella cuanto levanta el demasiado y vicioso deseo. Y cierto cuando Cristo llega á nacer y vivir en alguno de esta manera, aquel en quien así vive, dice bien con San Pablo (Ad Galat., c. iv, v. 20): *Vivo yo, ya no yo, pero vive en mí Jesucristo.* Porque vive y no vive. No vive por sí, pero vive, porque en él vive Cristo, esto es, porque Cristo, abrazado con él, y como infundido por él, le alienta, y le mueve, y le deleita, y le halaga, y le gobierna las obras, y es la vida de su feliz vida. Y de los que aquí llegaron, dice propiamente Isaías (Isai., c. ix, v. 3): *Alegráronse con tu presencia, como la alegría en la siega: como se regocijaron al dividir del despojo.* De la siega dice, que es señalada alegría, porque se coge en ella el fruto de lo trabajado, y se conoce que la confianza que se hizo del suelo, no salió vacía, y se halla como por la largueza de Dios, mejorado y acrecentado lo que parecía perdido. Y así es alegría gran-

dísima la de los que llegan aquí. Porque comienzan á coger el fruto de su fe y penitencia, y ven que no les burló su esperanza, y sienten la largueza de Dios en sí mismos, y un amontonamiento de no pensados bienes.

Y dice del dividir los despojos, porque entonces alegran á los vencedores tres cosas: el salir del peligro, el quedar con honra, el verse con tanta riqueza. Y las mismas alegran á los que agora decimos. Porque vencido, y casi muerto del todo lo que en el sentido hace guerra, y esto porque el Espíritu de Cristo nace y se derrama por él; no solamente salen de peligro, sino se hallan improvisamente dichosos y ricos. Y por eso dice que se alegran en su presencia: porque la presencia suya en ellos, que es el nacer y vivir de Cristo en toda su alma, les acarrea este bien, que es el que añade luégo diciendo: *Porque el yugo de pesadumbre, y la vara de su hombro, y el cetro del ejecutor en él, lo quebrantaste como en el día de Madián.* Que á la ley dura que puso el pecado en nuestra carne, y á lo que heredamos del primer hombre, y que es hombre viejo en nosotros, lo llama bien, *yugo de pesadumbre*, porque es carga muy enlazada á nosotros, y que mucho nos enlaza: *y vara de su hombro*, porque con ella, como con vara de castigo, nos azota el demonio. Y dice *de su hombro*, por semejanza de los verdugos y ministros antiguos de justicia, que traían al hombro el manojo de varas con que herían á los condenados. Y es *cetro de ejecutor*, y en nosotros: porque por medio de la mala inclinación del viejo hombre, que reside en nuestra carne, ejecuta el enemigo su voluntad en nosotros. Lo cual todo quebranta Cristo, cuando de lo alto del alma extiende su vida á la parte baja de ella, y viene como á nacer en la carne.

Y quebrántalo, *como en el día de Madián.* Que ya sabéis en qué forma alcanzó victoria Gedeón (Judic., c. vii, v. 9) de los madianitas, sin sus armas, y con sólo quebrar los cántaros y resplandecer la luz que encerraban, y con tocar las trompetas. Porque comenzar Cristo á nacer en nosotros, no es cosa de nuestro mérito, sino obra de su misma virtud: que primero como luz metida en el medio del alma, se encierra allí, y después se descubre y resplandece, quebrantado lo terreno y carnal del sentido. A cuyo resplandor, y al sonido que hace

la voz de Cristo en el alma, huyen los enemigos y mueren. Y como en el sueño, que entonces vió uno de los del pueblo contrario, un pan de cebada, y cocido entre la ceniza, que se revolvía por el real de los enemigos, tocando las tiendas las derrocaba: así aquí Cristo, que es pan despreciado al parecer, y cocido en trabajos, revolviéndose por los sentidos del alma, pone por el suelo los asientos de la maldad, que nos hacen guerra, y finalmente los abrasa y consume, como dice luégo el profeta: *Que toda la presa, ó pelea peleada con alboroto, y la vestidura revuelta en las sangres, será para ser quemada, será mantenimiento de fuego.* Y dice bien, *la pelea peleada con alboroto*, cuales son las contradicciones que los deseos malos, cuando se encienden, hacen á la razón, y las polvaredas que levantan, y su alboroto, y su ruido. Y dice bien, *el vestido revuelto en la sangre*, que es el cuerpo y la carne, que nos vestimos, manchada con la sangre de sus viciosas pasiones. Porque todo ello en este caso lo apura el santo fuego, que Cristo en el Evangelio (Luc., c. xii, v. 49) dice, que vino á poner en la tierra. Y lo que el mismo Profeta en otro capítulo escribe, también pertenece á este negocio, porque dice de esta manera (Isai., c. xxx, vv. 19 y 21): *Porque el pueblo en Sión habitará en Jerusalém. No llorará llorando: apiadando se apiadará de ti. A la voz de tu grito, en oyéndola, te responderá. Y daros ha el Señor pan estrecho, y agua apretada: y no volará más tu maestro: y á tu maestro tus ojos le contemplarán. Y tus orejas oirán á las espaldas tuyas palabra que te dirá: Este es el camino, andad en él, no inclinéis á la derecha, ó á la izquierda.* Que es imagen de esto mismo que digo, adonde el pueblo, que estaba en Sión, hace ya morada en Jerusalém; y la vida de Cristo que vivía en el alcázar del alma, se extiende por toda la cerca de ella y la pacífica; y el que residía en Sión, hace ya su morada en la paz; y cesa el lloro, que es lloro, porque se usa ya con ellos de la piedad, que es perfecta. Y como vive ya Cristo en ellos, óyelos en llamando, ó por mejor decir, lo que Él pide en ellos, eso es lo que piden: porque está en ellos su maestro metido, que no se les aparta ni ausenta, y que en hablando ellos los oye. Y dales entonces Dios pan estrecho y agua apretada, porque verdaderamente les da el pan y el agua que dan vida verdadera, su cuerpo y su espíritu, que se

derrama por ellos y los sustenta. Mas dáselo con brevedad y estrechez: lo uno, porque de ordinario mezcla Dios con este pan que les da, adversidad y trabajos; lo otro, porque es pan que sustenta en medio de los trabajos y de las apreturas el alma; y lo último, porque en esta vida este pan vive como escondido, y como encogido en los justos. Que como dice de ellos San Pablo (Ad Colos., c. III, v. 4, 5): *Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, mas cuando Él apareciere, que es vuestra vida, entonces le pareceréis á Él en la gloria.* Porque entonces acabará de crecer en los suyos Cristo perfectamente y del todo, cuando los resucitare del polvo inmortales y gloriosos, que será el grado tercero, y el último de los que arriba dijimos. Adonde su Espíritu y vida de Él se comunicará de lo alto del alma á la parte más baja de ella, y de ella se extenderá por el cuerpo, no solamente quitando de él lo vicioso, sino también desterrando de él lo quebradizo y lo flaco, y vistiéndolo enteramente de sí.

De manera que todo su vivir, su querer, su entender, su parecer y resplandecer será Cristo, que será entonces varón perfecto enteramente en todos los suyos, y será uno en todos, y todos serán hijos cabales de Dios, por tener en sí el ser y el vivir de este HIJO, que es único y solo HIJO de Dios, y lo que es HIJO de Dios en todos los que se llaman sus hijos. Y así como Cristo nace en todas estas maneras, así también en las Escrituras sagradas hebreas es llamado HIJO con cinco nombres diversos. Porque como sabéis, Isaías le llama IELED. Y David en el Salmo segundo (Ps. II, v. 12) le llama BAR. Y en el Salmo setenta y uno (Ps. LXXI, v. 20) le llama NIN. Y de David y de Isaías es llamado BEN. Y llámale SIL Jacob en la bendición de su hijo Judas (Gén., c. XLIX, v. 21) en el libro de la creación de las cosas. De manera que como Cristo nace cinco veces, así también tiene cinco nombres de HIJO, que todos significan lo mismo que HIJO, aunque con sonidos diferentes y con origen diverso. Porque IELED es, como si dijésemos, el engendrado. BAR el criado, apurado, escogido. NIN el que se va levantando. BEN el edificio. Y SIL el pacífico ó el enviado. Que todas son cualidades que generalmente se dicen bien de los hijos, por donde los hebreos tomaron nombres de ellas para significar lo que es HIJO. Porque el hijo es engendrado,

y criado, y sacado á luz, y es como lo apurado, y lo ahechado que sale del mezclarse los padres, y el que se levanta en su lugar cuando ellos fallecen, sustentando su nombre, y es como un edificio (por donde aun en español á los hijos y descendientes les damos nombre de casa) y es la paz el hijo, y como el nudo de concordia entre el padre y la madre.

Mas dejando lo general, con señalada propiedad son estos nombres de solo aqueste HIJO que digo. Porque Él es el engendrado según el nacimiento eterno, y el sacado á luz según el nacimiento de la carne, y lo apurado y lo ahechado de toda culpa según ella misma, y el que se levantó de los muertos, y el edificio que encierra en la Hostia donde se pone á todos sus miembros, y el que nace en el centro de sus almas, de donde envía poco á poco por todas sus partes de ellas la virtud de su Espíritu, que las apura, y aviva, y pacifica, y abastece de todos sus bienes. Y finalmente, Él es el HIJO de Dios, que sólo es HIJO de Dios en sí, y en todos los demás que lo son. Porque en Él se criaron, y por él se reformaron, y por razón de lo que de Él contienen en sí, son dichos sus hijos. Y eso es ser nosotros hijos de Dios, tener á este su divino HIJO en nosotros. Porque el Padre no tiene sino á Él solo por HIJO, ni ama como á hijos sino á los que en sí le contienen, y son una misma cosa con Él, un cuerpo, un alma, un espíritu. Y así siempre ama á sólo Él en todas las cosas que ama. Y acabo Juliano aquí, y dijo luégo: Hecho he, Sabino, lo que me pedistes, y dicho lo que es sabido decir: mas si os tengo cansado, por eso proveisteis bien que Marcelo sucediese luégo, que con lo que dijere nos descansará á todos.—A Sabino, dijo entonces Marcelo, yo fio que no le habéis cansado; mas habéisme puesto en trabajo á mí, que después de vos no sé qué podre decir que contente. Sólo hay este bien, que me vengaré agora, Sabino, de vos en quitaros el buen gusto que os queda. Dijo Marcelo esto, y quería Sabino responderle; mas estorbóselo un caso que sucedió, como agora diré.

En la orilla contraria de donde Marcelo y sus compañeros estaban, en un árbol, que en ella había, estuvo asentada una avecilla de plumas y de figura particular, cuasi todo el tiempo que Juliano decia, como oyéndole, y á veces como respondiéndole con su canto, y esto con tanta suavidad y armonía,

que Marcelo y los demás habían puesto en ella los ojos y los oídos. Pues al punto que Juliano acabó, y Marcelo respondió lo que he referido, y Sabino le quería replicar, sintieron ruido hácia aquella parte, y volviéndose, vieron que lo hacían dos grandes cuervos, que revolando sobre el ave que he dicho, y cercándola al derredor, procuraban hacerle daño con las uñas y con los picos. Ella al principio se defendía con las ramas del árbol, encubriéndose entre las más espesas. Mas creciendo la porfía, y apretándola siempre más á doquiera que iba, forzada se dejó caer en el agua, gritando, y como pidiendo favor. Los cuervos acudieron también al agua, y volando sobre la haz del rio le perseguían malamente, hasta que á la fin el ave se sumió toda en el agua, sin dejar rastro de sí. Aquí Sabino alzó la voz, y con un grito dijo: ¡Oh la pobre, y cómo se nos ahogó! Y así lo creyeron sus compañeros, de que mucho se lastimaron. Los enemigos como victoriosos se fueron alegres luégo. Mas como hubiese pasado un espacio de tiempo, y Juliano con alguna risa consolase á Sabino, que maldecía los cuervos, y no podía perder la lástima de su pájara, que así la llamaba; de improviso á la parte adonde Marcelo estaba, y cuasi junto á sus piés la vieron sacar del agua la cabeza, y luégo salir del arroyo á la orilla toda fatigada y mojada. Como salió, se puso sobre una rama baja que estaba allí junto, adonde extendió sus alas, y las sacudió del agua: y después batiéndolas con presteza, comenzó á levantarse por el aire cantando con una dulzura nueva. Al canto como llamadas otras muchas aves de su linaje acudieron á ella de diferentes partes del soto. Cercábanla, y como dándole el parabién, le volaban al derredor. Y luégo juntas todas, y como en señal de triunfo, rodearon tres ó cuatro veces el aire con vueltas alegres, después se levantaron en alto poco á poco, hasta que se perdieron de vista.

Fué grandísimo el regocijo y alegría que de este suceso recibió Sabino. Mas decíame, que mirando en este punto á Marcelo, le vió demudado en el rostro, y turbado algo, y metido en gran pensamiento, de que mucho se maravilló: y queriéndole preguntar qué sentía, vióle que levantaba al cielo los ojos como entre los dientes, y con un suspiro disimulado dijo: Al fin Jesús es Jesús. Y que luégo sin dar lugar á que

ninguno le preguntase más, se volvió á él, y le dijo: Atended pues, Sabino, á lo que pedistes.

§. II.

Trátase del nombre EL AMADO, que se le da á Cristo en la Sagrada Escritura, y explícanse las finezas de amor con que los suyos le aman.

Y porque, Sabino, veáis, que no me pesa de obedeceros, y porque no digáis, como soléis, que siempre os cuesta lo que me oís, muchos ruegos; primero que diga del nombre que señalastes, quiero decir de un otro nombre de Cristo, que las últimas palabras de Juliano, en que dijo ser Él lo que Dios en todas las cosas ama, me le trajeron á la memoria: y es EL AMADO, que así le llama la sagrada Escritura en diferentes lugares.—Maravilla es veros tan liberal, Marcelo, dijo Sabino entónces: mas proseguí en todo caso, que no es de perder una añadidura tan buena.—Digo pués, prosiguió luégo Marcelo, que es llamado Cristo EL AMADO en la santa Escritura, como parece por lo que diré. En el libro de los Cantares la aficionada Esposa le llama con este nombre casi todas las veces. Isaías en el capítulo quinto hablando del mismo y con el mismo, le dice (Isai. cap. v, v. 1.): *Cantaré al AMADO el cantar de mi tío á su viña.* Y acerca del mismo Profeta en el capítulo veintiseis adonde leemos (Isai. cap. xxvi, v. 17.): *Como la que concibió, al tiempo del parto voca herida de sus dolores, así nos acaece delante tu cara;* la antigua traslación de los griegos lee de esta manera: *Así nos aconteció con EL AMADO.* Que como Orígenes declara, es decir que EL AMADO, que es Cristo, concebido en el alma, la hace sacar á luz y parir lo que causa grave dolor en la carne, y lo que cuesta, cuando se pone por obra, agonía y gemidos, como es la negación de sí mismo. Y David al Salmo cuarenta y cuatro, en que celebra los loores y los desposorios de Cristo, le intitula, *Cantar del AMADO.* Y San Pablo le llama el hijo del amor, por aquesta misma razón. Y el mismo Padre celestial acerca de San Mateo le nombra su AMADO, y su hijo. De manera que es